



El sombrero de las ideas descabelladas

JOSÉ ANTONIO FRANCÉS



edebé



El sombrero de las ideas descabelladas

JOSÉ ANTONIO FRANCÉS

El sombrero de las ideas descabelladas



edebé

© José Antonio Francés, 2012

© Ed. Cast.: Edebé, 2012
Paseo de San Juan Bosco, 62
08017 Barcelona
www.edebe.com

Directora de Publicaciones: Reina Duarte
Editora de Literatura Infantil: Elena Valencia
Diseño gráfico de cubierta: César Farrés
© *Ilustraciones:* Manuel Domínguez Guerra

Primera edición: septiembre 2012

ISBN 978-84-683-0728-2
Depósito Legal: B. 8634-2012
Impreso en España
Printed in Spain

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

Índice

1. Nunca sigas a un sombrero	7
2. Esa puerta que no debes abrir.....	19
3. Eso es un completo disparate	35
4. Cuando tiemblan los cascabeles	47
5. Un humorcito de perros.....	65
6. El rastro del picor	79
7. Un duelo perverso	95
8. La distante cercanía	119
9. El reflejo de los espantos	139
10. A merced de Malatesta.....	149
11. El hombre que era de noche.....	159
12. Condenado monicaco	173
13. El vendaval de la urgencia	189
14. Ganancias brutas	201
15. La nebulosa de la voluntad	223
16. De la luz y la sombra	239
17. El envés de la palabra	245
18. Las entrañas de la bestia	265
19. Un final descabellado	289
20. Un sombrero a tu medida.....	317

1

Nunca sigas a un sombrero

El sombrero llevaba prisa. No había más que verlo rodar por la acera entre las piernas de los viandantes como si llevara el demonio metido en el cuerpo. Era un sombrero de copa voluminoso, con una cinta roja, y se movía nervioso de un lado a otro de la calle empujado por el capricho del viento.

Tal vez buscaba a su dueño en medio de la multitud, o quizá huía de aquellos niños que corrían tras él dando gritos. El caso es que el sombrero sorteó a unos ciclistas que cruzaban la calzada, esquivó el bastón de un abuelo, pasó por debajo de una camioneta, que a punto estuvo de aplastarlo, despistó al grupo de niños, que se quedaron con la cara de tontos, y cuando nadie parecía mirarlo, dobló la esquina, se adentró en el solitario callejón y se detuvo de golpe frente a la sombrerería.

Se sabía que era una sombrerería por el rótulo antiguo que figuraba sobre la puerta: «Dora &

Pando», rezaba con letras de antigua caligrafía. La muchacha que lo vio desde la calle principal no sabía nada del sombrero, tan solo aguardaba a su madre, que hacía las compras en un comercio. La chica lo vio corretear delante de sus pies, como un perrito juguetero, y tal vez por eso fue tras él. No le costó atraparlo, pues el sombrero se quedó quieto delante de aquella vieja tienda. Su tacto era suave y delicado. En el rótulo del escaparate se leía: «Tenemos el sombrero que le va bien».

A la joven le hizo gracia leer el cartel mientras tenía en sus manos aquel extraño sombrero y, aunque estaba un poco sucio, estuvo tentada de probárselo, y seguramente lo hubiera hecho si en ese preciso momento la puerta de la tienda no se hubiese abierto:

—¡No lo hagas! —ordenó el sombrero en tono amenazante—. Nunca te pongas un sombrero que no sea tuyo. ¡Y menos ese!

El hombre se ajustaba las gafas, como si no terminara de creer lo que tenía ante sus ojos.

—¿De dónde lo has sacado? —preguntó sin disimular la indignación.

La chica se quedó en silencio, como si las palabras temieran salir de su boca ante la expresión severa de aquel viejo corpulento.

—¡Contesta, jovencita! —protestó—. ¿O es que se te ha comido la lengua el gato?

La chica tragó saliva y al fin acertó a decir:

—El viento lo arrastró hasta aquí, señor.

—El viento, el viento, ya, ya... —masculló para sí, como si de repente aquella explicación le pareciera de lo más convincente y, muy decidido, le quitó el sombrero de las manos—. ¿No te lo habrás puesto? —preguntó incisivo—. ¿No se te habrá ocurrido ponértelo? Ni siquiera un momento, ¿verdad?

La niña negó asustada con la cabeza y el sombrerero la husmeó de cerca, como si no terminara de creer sus palabras y necesitara una comprobación.

—Tal vez digas la verdad pero ¿cómo podría fiarme de ti, si has cogido el sombrero con tus manos...? —el hombre observó el sombrero en silencio, con un gesto de contrariedad—. Hacía mucho tiempo que no veía a este ejemplar, ni a su amo... ¿Has venido sola? ¿Quién ha venido contigo? ¡Contesta!

El hombre se asomó a la calle nervioso y miró con sus gruesas gafas a ambos lados de la acera, temeroso tal vez de encontrar a alguien. La chica lo observaba con visible desconcierto, sin entender ni una sola de sus palabras, y sin

saber qué debía hacer en semejante situación.

—¡Has tenido suerte, niña! Otros no pueden decir lo mismo que tú —farfulló el hombre con cierto alivio mientras se ajustaba sus lentes de botella—. Es un sombrero realmente peligroso, pero no me explico cómo ha llegado hasta aquí... O sí...

La chica inspeccionaba el sombrero con la mirada, por si se le había escapado algún detalle importante, pero solo veía un viejo sombrero de tela, sin más. Tal vez el color era un poco llamativo, pero no encontraba nada especial.

—Vete a casa con tus padres, vamos —ordenó mientras se disponía a regresar a su negocio—, y ten más cuidado la próxima vez.

El hombre ya casi había cerrado la puerta de la tienda cuando una voz aguda se escuchó desde el fondo de la calle.

—¡Ana! —gritó la madre de la chica, que llevaba al hermano pequeño cogido de la mano—, no te muevas de ahí.

La orden de la madre era bastante absurda, porque Ana hacía varios minutos que permanecía quieta sobre la acera, escuchando al sombrero sin mover ni una pestaña.

—¡Disculpe, señor! —dijo la madre educada-

mente—. ¿Ha hecho algo malo mi hija? ¡Si lo ha molestado, por favor, dígamelo y la castigaré de inmediato!

—¡Mamá! —se quejó la joven—. No he hecho nada...

—Entonces, ¿ha hecho algún estropicio en su tienda, señor? —preguntó la madre atropelladamente mientras soltaba a su hijo pequeño y cogía a la niña del brazo.

—Solo vi un sombrero y me acerqué hasta aquí... —se defendió la muchacha un poco llorosa.

—¡Te dije claramente que no te movieras de la puerta, pero siempre haces lo que te da la gana!

—Hermana, te la has cargado —reafirmó su hermano Jaime sin saber de qué iba todo aquello.

La niña miró a su hermano con odio, reprimió una contestación que sabía inútil, y empezó a lloriquear de impotencia mientras guardaba silencio.

—Me cuesta mucho creer que haya entrado en su tienda ella sola —prosiguió la madre dirigiéndose al sombrerero—, porque es una chica muy bien educada y no acostumbra a hacer estas cosas.

—Una vez rompió una lámpara en una tienda —recordó el hermano con memoria selectiva.

El sombrerero dejó escapar una expresión de hartazgo que no se molestó en disimular, como si intuyera que toda aquella conversación no podía acabar felizmente, dijera lo que dijese:

—No se preocupe, señora. Su hija no ha hecho nada malo. Puede estar tranquila.

El sombrerero regresó a la tienda sin esperar respuesta, pero la señora metió la punta del zapato en el resquicio de la puerta, y, antes de que pudiera darse cuenta, le arrebató el sombrero de las manos.

La mujer se quedó un segundo en silencio, absorta, mirando hipnotizadamente el sombrero que acababa de coger, y de pronto, como si un rayo le hubiera atravesado la imaginación, le dijo al sombrerero muy decidida:

—He visto desde el fondo de la calle que usted le quitaba el sombrero a mi hija, de modo que es inútil que la encubra. Si ha intentado robar en su tienda, dígamelo sin tapujos.

—Mamá, pero cómo... —protestó la niña con lágrimas en los ojos, sin creer que su madre fuese capaz de acusarla de algo tan grave.

El sombrerero dio un profundo suspiro de resignación y se rascó el mostacho para darse un poco de tiempo mientras pensaba cómo recuperar el sombrero que le había quitado la mujer.

—¡Está bien, señora! —replicó—. ¿Qué propone que hagamos?

La mujer pasó al interior de la tienda y sacó la cartera de su bolso:

—Dígame cuánto le debo.

El hombre se encogió de hombros, sin saber a qué se refería, y la señora mostró la chistera que tenía en sus manos.

—El sombrero, ¿cuánto vale el sombrero?

—Oh, entiendo —respondió el hombre sin perder de vista el sombrero—. Pero esa chistera no está a la venta, lo siento.

El sombrero, educadamente, intentó agarrar el sombrero, pero la señora no parecía dispuesta a soltarlo mientras no aclarase el percance. La niña contemplaba la escena con un gimoteo ridículo, como si no pudiera contener el llanto y, al mismo tiempo, temiera llorar demasiado fuerte y no enterarse de la conversación.

—Eso es absurdo —añadió la madre casi enojada—. ¿Usted vende sombreros, no? ¡Pues véndame el que ha intentado robarle mi hija y dejamos resuelto este asunto!

Cada vez que la madre nombraba la palabra robar a Ana le entraban unas ganas espantosas de llorar a lágrima viva, pero tampoco quería darle ese gusto al hermano, que la miraba diver-

tido, y algo le decía que sería mejor no llamar demasiado la atención hasta que consiguiese aclarar aquel nefasto equívoco.

—Puedo ofrecerle cualquier otro sombrero, señora, pero ese precisamente no... Es un sombrero... muy especial, y no creo que le convenga...

Entonces, sin que viniera a cuento ni supiese por qué lo hacía, la mujer se encasquetó la chistera en la cabeza. El sombrerero retuvo un grito de horror y la señora, con los ojos brillantes, dibujó en su rostro una mueca de confirmación, como si al fin hubiese comprendido lo que ocurría.

—Ah, ya —dijo la señora con misterio tras un largo silencio—. Entonces, es un recuerdo de familia o algo así...

—Algo así... —capeó el hombre mientras se acercaba a ella discretamente.

La mujer miró a su hija, llorosa, y le lanzó una mirada severa para que no montara una escena. Estaba claro que la madre de Ana no iba a permitir que aquella situación quedara así.

—Está bien —concluyó la mujer—. Si no puede venderme el sombrero, al menos dejará que mi hija venga a ayudarle una mañana, para pagar por lo que ha hecho. El próximo lunes

comienzan las vacaciones de Navidad y es una fecha estupenda para saldar la deuda, ¿no le parece?

El sombrerero no pudo evitar una mueca de fastidio, pero aprovechando que la mujer se daba la vuelta para coger al niño, logró colocarse sobre su espalda y arrebatarse aparatadamente el sombrero.

—¡Tranquilo! No pensaba llevármelo —bufó la mujer un poco ofendida—. El lunes a primera hora estará aquí mi hija para cumplir su castigo.

—No es preciso que haga nada, señora —alegó inútilmente el sombrerero—. Olvidemos este asunto.

—Ni hablar —repuso la madre inflexible—. Sé muy bien cómo educar a mis hijos, y lo que ha hecho no tiene excusa. Estamos en deuda con usted, así que mi hija vendrá a limpiarle el polvo de las estanterías.

La mujer pasó un dedo por el canto de la puerta, reprimió un gesto de desaprobación y se felicitó a sí misma por haber tenido una idea tan brillante... Sin lugar a la menor duda, una brillante idea, se decía para sí. Porque la mejor solución para solventar aquel desagradable episodio era que su hija regresara a la tienda donde

había intentado robar y le limpiara las estanterías mugrientas al tendero. Eso era lo justo.

La puerta se cerró con un sonido seco. Al otro lado de la calle se escuchaban los gimoteos de la niña y la reprimenda de la madre, que tiraba del brazo de su hija sin ninguna clemencia mientras el hermano pequeño los seguía a una prudencial distancia.

El sombrerero miró el sombrero de copa con visible odio y refunfuñó colérico:

—*Vous êtes le coupable.* ¡Sombrero cabezota, allá donde apareces surge el caos! *Mon dieu, quelle horreur!*

El hombre se dirigió presuroso hacia el desván de la tienda. Abrió la oscura puerta del fondo, que chirrió tal vez contagiada por la histeria, y encendió la sucia bombilla. Las estanterías repletas de cajas con viejos sombreros parecían dormir en una plácida quietud.

—Tú eres el culpable —espetó el sombrerero, con los ojos desorbitados y visiblemente alterado—. En la vida he conocido un sombrero más testarudo y peligroso que tú. Pero ¿cómo me has encontrado? ¡Maldito Malatesta! ¡Ojalá que todo lo que estoy imaginando no sea cierto!

El sombrerero abrió un pesado baúl de madera con grandes precauciones, como si temiera

que un animal furioso saltara de su interior, y encerró el sombrero en su interior.

—Espero, por el bien de todos, que tu amo no se traiga nada entre manos...

El sombrerero giró tres veces la llave del desván y volvió al negocio. Por un momento, creyó escuchar, al otro lado de la puerta, un batir de alas, como un pájaro atrapado en una jaula.

2

Esa puerta que no debes abrir

No había forma de persuadir a la madre. Ana había probado todas las estrategias para convencerla de que no había robado ningún sombrero de la tienda, pero todos los intentos cayeron en saco roto. Cuando vio que el llanto no le servía de gran cosa, intentó ganarse aliados, pero su hermano pequeño, como era previsible, aprovechó para dejarla en evidencia.

—Has cometido un error y debes pagar por ello —repetía Jaime a la menor ocasión imitando a la madre, que zanjaba cualquier discusión con aquella fórmula mágica.

Tampoco su padre, al que veía cada dos fines de semana, le sirvió de gran ayuda, pues desde el divorcio eludía cualquier problema con su ex-esposa. Esta vez no fue diferente. En cuanto le contó lo sucedido el padre se lavó las manos alegando que aquel era un asunto de mujeres que debían arreglar entre ellas.

La humanidad estaba en su contra y cuanto mayor era su enfado más divertido parecía el hermano. Tal vez por eso le dio por ponerse una estúpida gorra de visera con la que acaso pretendía recordarle que esta vez sí la había hecho buena y que le quedaba un lunes entero moviendo sombreros y limpiando el polvo. ¡Bonita forma de pasar el primer día de Navidad!

Ni los argumentos más sofisticados servían para ablandar a la madre; se le había metido aquella absurda idea en la cabeza y no había forma de echarla atrás. ¿A qué madre hoy en día se le ocurriría mandar a su hija a limpiar la tienda de un desconocido? ¿Qué pensarían otras madres si se enteraban? ¿Qué diría su maestra? Bueno, su maestra seguro que no diría nada y todo le parecería bien, porque también era de las que primero ponía los castigos y después preguntaba qué había pasado. Ya era mala suerte, una madre tiquismiquis y una profesora exigente. No le podía haber tocado cualquiera de esos profesores que se hacían amigos de los alumnos y que no había que llamarlos de usted y que no ponían negativos si no llevabas los deberes y que hacían la vista gorda cuando se montaba una buena en la clase, como si nada tuviera nunca mucha importancia. Ni siquiera porque había sacado unas

brillantes calificaciones en la primera evaluación su madre había sido benévola con ella. ¡Cuántos compañeros suyos de clase tenían todo lo que querían, e incluso lo que no querían también, y no necesitaban constantemente demostrar que eran los mejores en todo! Ni siquiera que eran los mejores en algo, ni siquiera que eran los mejores en nada. ¡Cuántos de sus amigos de clase eran unos auténticos zoquetes y no recibían más que atenciones y mimos de sus padres!

Estas y parecidas cosas pensaba Ana, pero estaba visto que la madre había convertido aquella historia en un correctivo ejemplar con el que pretendía demostrar a todos lo buena madre que era y lo dura que podía ponerse si la ocasión lo requería.

El fin de semana pasó volando, como el sombrero, y, cuando llegó la mañana del lunes, Ana tuvo que resignarse a cumplir su castigo.

—Para qué iba yo a querer un sombrero tan feo como aquel —se lamentaba la chica mientras la madre la conducía, inflexible, hasta la sombrerería.

—El que la hace la paga —repetía el hermanito para darle gusto a la madre con otra de sus frases estelares.

Ana de buena gana lo hubiera estrangulado,

al menos un momentito, si no supiese de buena tinta que tampoco serviría de nada pelearse con él, porque al final la madre terminaría dándole la razón como siempre y cargando sobre sus espaldas todo el peso de la culpa... Es lo que tenía ser la hermana mayor y tener un hermano de ocho años con el cerebro de uno de cinco.

—¡Es ridículo! —protestó a la desesperada—. ¡Ni siquiera es un sombrero de chica!

El sombrerero los recibió con visible desagrado, como si confirmara con la expresión una mala noticia.

—Puede ponerla a limpiar las estanterías o el suelo. Cualquier cosa con tal de pagar su deuda. Vendré a recogerla al final de la mañana. He de llevar a mi hijo pequeño al dentista. ¿Le parece bien?

El hombre ni siquiera se tomó la molestia de contestar, quizá porque no le quedaban ganas de discutir o porque temiera que la mujer lo enredase en una discusión imposible, de modo que se limitó a asentir con la cabeza dando su conformidad.

En cuanto la mujer y el niño hubieron salido de la tienda, el sombrerero se dirigió a la pequeña sin muchas cortesías:

—Puedes hacer lo que quieras, niña, pero no

toques nada, ni te muevas, ni respires, ni hagas preguntas. ¡Quédate quieta ahí en esa silla sin abrir la boca hasta que regrese tu madre! ¿Me has entendido?

Ana llevaba unos días tan enojada que estaba a punto de estallar. Seguramente por eso no pensó en sus palabras y respondió lo primero que le salió de dentro:

—¡Sí, me he enterado de todo, no soy tonta! Pero cuide sus modales, que tan solo soy una niña de diez años.

La chica quedó asustada de sus propias palabras. Jamás le había contestado así a una persona mayor, por más que lo mereciera, y eso que tenía buenas oportunidades a lo largo del día. Por ello, muy avergonzada, se apresuró a pedir disculpas, y lo hubiera hecho sinceramente si el sombrerero no se le hubiera adelantado en la respuesta:

—Está bien. Lo siento —dijo el hombre un poco cortado—. Llevas razón. No debería haberte hablado así, pero esta situación tampoco es grata para mí. Por lo que no toques nada, y quédate sentada donde te he dicho.

—¡Ni hablar! —replicó Ana—. Cuando venga mi madre dentro de unas horas y vea que las estanterías están llenas de polvo, me hará venir

otro día. Y ninguno de los dos queremos eso, ¿verdad?

El sombrerero dejó escapar una minúscula sonrisa, que quedó disimulada bajo su poblado bigote y, muy a su pesar, reconoció que la pequeña estaba en lo cierto.

—Supongo que no me queda otra... —refunfuñó para sí, mientras le entregaba a la niña una sucia bayeta para limpiar el polvo—. ¡Pero ten mucho cuidado! ¡Hay sombreros muy valiosos!

—¿De verdad? ¡Parecen todos tan antiguos y tan vulgares!

El sombrerero le devolvió una mirada áspera y la chica comprendió que tal vez no había empleado las palabras más acertadas para opinar sobre la mercancía. El hombre, tocado en el orgullo, se creyó en la obligación de corregir el impertinente comentario:

—Ese sombrero que ves allí, en la cristalera, tiene más de un siglo de antigüedad. Es un bombín que perteneció a un importante lord inglés. Ese otro fue el que llevó el presidente Abraham cuando tomó posesión de su cargo, y vale mucho más de lo que puedas ganar en todos los días de tu miserable existencia...

El sombrerero se arrepintió enseguida del adjetivo, aunque lejos de disculparse añadió:

—Bueno, me he pasado, así que estamos empatados.

—Lo siento —añadió la pequeña—. No debí hablar mal de sus sombreros..., pero es que parecen todos tan... raros...

—No son raros. Es que la gente hoy en día casi no los usa. En este mundo absurdo y estúpido la gente lleva la cabeza desnuda: de sombreros, de ideas, de intenciones... Los sombreros están pasados de moda, como pensar por uno mismo. Pero cada persona tiene un sombrero que le va bien, ¡un sombrero a su medida!, un sombrero que realza sus cualidades y le favorece. Y cada sombrero busca la cabeza donde encajar, busca...

El hombre dejó de hablar bruscamente, como si hubiera dicho alguna inconveniencia, y antes de que la chica retomara la conversación, cogió el paño y empezó la limpieza.

—Yo limpiaré por aquí, y tú por allí —ordenó.

—Está bien.

—Limpiaremos toda la tienda, excepto esa habitación.

El hombre señaló la puerta oscura del desván.

—¿Qué hay en esa habitación para que no podamos limpiarla?

—¡Cosas mías! —respondió con acritud—. ¡Y basta de preguntas!

Ana empezó la limpieza de una estantería de boinas negras y marrones. La chica las cogía una a una por el rabito, como si fueran manzanas, y las dejaba sobre el mostrador. Cuando la estantería estaba despejada, pasaba el trapo mojado en agua para atrapar la suciedad, y luego lo enjuagaba en un barreño.

Al cabo de un buen rato, como si las palabras hubiesen estado todo ese tiempo dando vueltas en su cabeza hasta encontrar acomodo, la chica le preguntó al sombrerero:

—¿Qué quería decir con que los sombreros van buscando las cabezas donde se encuentran bien? ¿Cómo puede un sombrero buscar a alguien?

—Era solo una forma de hablar —respondió secamente el sombrerero.

—¿Usted cree que los sombreros tienen vida propia o algo así, no es cierto? —preguntó ingenuamente la muchacha.

El sombrerero bajó de la escalera, visiblemente apurado, y se dirigió a la niña en un tono entre paternal y amenazante:

—Es mejor que no sigas por ahí, muchacha. Claro que si quieres que te dé mi opinión...

—Sí, por favor.

—Pues los sombreros son nuestros mejores amigos, y a veces nos acompañan durante toda la vida sin pedirnos nada a cambio. Cambiamos de ropa, de casa y hasta de mujer: pero no de sombrero. Los sombreros nos dan calor en invierno y sombra en verano, nos ayudan a mejorar nuestra imagen y nos abrigan las mejores ideas. Pero también hay...

—¿Qué? —preguntó la pequeña con vivo interés.

—¡Nada! —cortó tajante el sombrerero, mordiéndose los labios—. Ya hemos dicho demasiadas tonterías. Será mejor que termines la limpieza y que te marches en cuanto regresen tu madre y tu querido hermano. ¡Con un poco de suerte, nunca más volveremos a vernos el pelo!

Ana prosiguió la limpieza sin tomarse demasiado a mal los comentarios del señor. Había una parte de aquella ofensiva sinceridad que no le molestaba del todo, quizá porque ella también opinaba lo mismo y por primera vez en su vida podía decirle a alguien lo que pensaba, aunque fuese desagradable. También ella estaba deseando regresar a su casa y hacer como si aquella historia nunca hubiera ocurrido. Pero cuanto más

trajinaba con los sombreros arriba y abajo para sacudirles el polvo, más enigmático le resultaba aquel sitio y más misteriosas le parecían las palabras del hombre. ¿A qué se referiría con que cada sombrero busca a su persona?

Ana se probó una de las pamelas del escaparate, con una cinta celeste y un ramillete de flores de tela, y no pudo evitar la tentación de mirarse al espejo.

—¿Me queda bien? —preguntó con inocencia.

—Como dos tiros —respondió el hombre mientras devolvía la pamela a su lugar—. Nada de juegos, que los sombreros son para vender, ¿estamos?

—¿Y por qué no quiso venderle a mi madre aquel sucio sombrero que encontré en la calle? Si lo hubiera hecho, no estaríamos aquí ahora limpiando como dos tontos, ¿no le parece?

Ana no dejaba de sorprenderse a sí misma con sus comentarios, pero por una vez se sentía a gusto diciendo lo que pensaba. El sombrerero se dio la vuelta instintivamente, quizá para que la joven no le notase el rubor, y en cuanto recobró la compostura respondió:

—Hay sombreros que es mejor no probar. Créeme.

Un timbre de teléfono sonó en el almacén de la tienda como una chicharra vieja, y el sombrerero acudió renqueante y perezoso a contestar la llamada.

—¿Quién será? ¡Nunca llama nadie! Vuelvo enseguida. ¡No toques nada!

—Ya, ya..., ¡ni respire!

Aún quedaban varias estanterías por repasar, pero Ana decidió que había limpiado bastante y que ella también merecía un pequeño descanso. A fin de cuentas, la tienda no era tan sórdida como le había parecido en un principio, y todos aquellos sombreros antiguos apilados por doquier le sugerían un sinfín de historias.

Ana se puso una boina rosa y de repente se sintió una artista muy famosa y refinada; después se ajustó un bombín oscuro y le entraron unas ganas tremendas de aprender inglés; al momento se probó una gorra de cuero que le bailaba en la cabeza y se sintió una chica dura capaz de enfrentarse a los más peligrosos rufianes. También se hubiera probado un sombrero de vaquero si de repente no hubiesen sonado aquellos extraños sonidos al fondo de la tienda...

«Clap, clip, clop».

La chica pensó que se trataba del sombrerero,

que andaría removiendo alguna caja, pero en cuanto se acercó a la escalera escuchó la voz del hombre en la trastienda, que aún atendía al teléfono muy enojado.

—¡Malatesta! ¡Estás loco! ¡Ni lo pienses!

Tuvo que afinar el oído para descubrir que aquel sonido provenía de la habitación que se hallaba al fondo de la tienda. La joven se acercó con sigilo a la puerta oscura. Solo de mirarla, un escalofrío le recorrió la espalda como un vaso de agua fría. La primera tentación fue no acercarse mucho, pero el sombrerero le había prohibido la entrada, no que escuchara a través de la puerta, de modo que la joven pegó la oreja y escuchó un extraño ruido que no sabía identificar. Tal vez no era un sonido sino varios: unas cortinas que golpeaban contra un cristal, o quizá una bisagra de una ventana un poco mohosa, una gotera persistente, un crujido sordo de un mueble viejo...

Entonces, aquel chirrido:

«Ñññiiiiii».

La niña dio un paso atrás, sobresaltada. El corazón le golpeaba en el pecho como un palo en una lata vacía. No estaba segura de qué había sido aquel estruendo agudo, pero se había asustado bastante. Entonces pensó que quizá se trataba de algún animal encerrado en la ha-

bitación, acaso un gato pequeño, o tal vez un perrito que golpeaba la cola contra una caja. Si se trataba de un perro, tenía sentido que el sombrerero le hubiese prohibido abrir la puerta, porque hay animales que se ponen muy nerviosos con los desconocidos, pero ese no era su caso, ya que siempre se le habían dado muy bien los perros...

La chica giró el picaporte, pero la puerta estaba cerrada con llave. De nuevo escuchó con claridad otro ruido en el interior, esta vez parecía un grito callado, un llanto cansino y apagado que daba una profunda lástima. La joven abrió el cajón del mostrador sin hacer ruido y allí apareció, reluciente e intacta, una llave que no podía ser más que la de la puerta. Incluso parecía sonreírle con un destello metálico, como si esperase a que la chica la tomara y la introdujese sin perder un instante en la cerradura.

Estas cosas debía de pensar la muchacha en su pequeña cabeza de niña, porque de otro modo no se explica que decidiera abrir la puerta pese a la prohibición del sombrerero. En verdad, no se lo pensó mucho, ya que si lo hubiera hecho, habría reparado en que las advertencias de los adultos, aunque no se molesten en dar explicaciones, casi siempre tienen un motivo, y

que conviene seguir las a rajatabla si no quiere uno meterse en líos.

La llave giró sin dificultad. No tuvo que empujar la puerta porque un golpe de aire la sacudió violentamente hasta abrirla de par en par.

Al principio no vio nada, sino una espesa oscuridad, y sintió en el rostro una bofetada de humedad, un olor a ropa vieja y a tierra mojada. Después un viento furibundo puso a repicar las puertas de todos los armarios y las ventanas, le sacudió de repente la melena rubia como una bofetada de aire furioso, y la tumbó de espaldas.

Sucedió todo en un momento. Antes de que cayera al suelo, pudo notar que los sombreros le golpeaban en la cara como una bandada de pájaros espantados.

Y aquella terrible confusión.

La tienda estaba sacudida por un viento repentino y los sombreros revoloteaban por el aire sacudidos por la incontenible corriente.

Cuando Ana pudo levantarse del suelo, el sombrerero intentaba cerrar la puerta de la tienda inútilmente sin dejar de gritar y de lamentarse:

—¡Se escapan, que se escapan! *Mon Dieu!*
¡Es el fin!

Ana corrió hacia la puerta para ayudarlo, pero ya era demasiado tarde.



El sombrerero tenía razón. Se habían escapado. Un buen puñado de viejos sombreros, arremolinados, volaban calle arriba como empujados por un viento de mil demonios.